

Tiempos adolescentes

Alina Wasongarz

“Entre nosotros no hay un solo tiempo: todos los tiempos están vivos, todos los pasados son presentes. Nuestro tiempo se nos presenta impuro, cargado de agonías resistentes. La batalla es doble: luchamos contra un tiempo que, también, se divierte con nosotros, se revierte contra nosotros, se invierte en nosotros, se subvierte desde nosotros, se convierte en nombre nuestro”.

Carlos Fuentes (*Tiempo Mexicano*)

El hombre que estudia al hombre no se encuentra en una situación fácil porque él también ocupa en un universo relativista un espacio psicológico. Los observadores reaccionamos a los datos humanos como personas, con sentimientos de aceptación y/o rechazo. “El insight aceptado —escribe Deveraux— impone al aprendiz la carga moral de aprender acerca de sí mismo y de sus motivos” y si asumo esta carga, la primera pregunta que emerge es: ¿cómo hablar de la crisis en las relaciones interpersonales sin plantearme antes mi propia crisis? Luego entonces, ¿cómo hablar coherentemente desde mi ansiedad, desde mis carencias y sensaciones de incapacidad, impotencia, fragilidad, desde mi rabia, mis rencores, desde mis demandas y anhelos, desde mis fracasos? . . .

Al hacer la crisis objeto de estudio y reflexión, se disminuye nuestra ansiedad porque tomo-tomamos distancia. Implica ver las crisis desde afuera, desde nuestro "yo observador", desde el proceso secundario liberado del libidinal y agresivo proceso primario.

Por otra parte, hablar, pensar y estudiar la crisis constituye un intento de reparar, de buscar formas por medio de la comprensión que nos permitan manejar y elaborar la crisis, vivir con ella, asumirla y quizá aprender a fortalecernos a través de ella.

Para hablar de crisis (la mía que se refracta en la de los demás ponentes y en la de los escuchas) y para entender más que un sentimiento de crisis un *sentido de crisis* es necesario comenzar por ahondar en el concepto. La idea de la presente exposición es visualizar (proponer aprender a visualizar) la crisis (las crisis) como un momento crucial no catastrófico, sino como parte esencial de cualquier proceso de desarrollo y crecimiento. Como "crisis evolutivas".

Caplan plantea a la crisis como "una desorganización de la homeostasis" y Webster como el punto decisivo en una situación. Según Ferrater Mora (Diccionario de Filosofía) el sentido originario de crisis es "juicios" (en tanto que decisión final sobre un proceso), "elección" y en general, terminación de un acontecer en un sentido o en otro. La crisis resuelve una situación, pero al mismo tiempo designa el ingreso en una situación nueva que plantea sus propios problemas. En el significado más habitual de crisis es nueva dicha situación y sus problemas lo que se acentúa. Por esto, suele entenderse por crisis una *fase peligrosa* de la cual puede resultar algo beneficioso o algo pernicioso para la entidad que la experimenta (individuo, pareja, familia, grupo, institución, nación). En virtud de tal crisis se abre una especie de abismo entre un pasado que ya no se considera vigente, mas sí influyente, y un futuro que todavía no está constituido. Por lo tanto, crisis significa a la vez "peligro" y "oportunidad".

La crisis parece ser siempre lo contrario a toda permanencia y estabilidad. Hablamos de ella con conceptos de mutación, cambio y desequilibrio. Por ende, no es tolerada fácilmente ni por el individuo ni por la sociedad.

Toda crisis implica conflicto. El diccionario define conflicto como combate y angustia del ánimo; apuro; como situación desgraciada y de difícil salida. Yo me referiré al *conflicto psíquico* que Laplanche y Pontalis explican de la siguiente manera: "hay conflicto psíquico cuando en el sujeto se oponen exigencias internas contrarias".

El conflicto puede ser manifiesto —por ejemplo entre un deseo y una exigencia moral— o latente, pudiendo expresarse este último de un modo deformado en el conflicto manifiesto y traducirse especialmente por la formación de síntomas, trastornos de la conducta, perturbaciones del carácter, etcétera.

La relación interpersonal implica el enfrentamiento de personas con sus individuales conflictos psíquicos, sus diversas necesidades, demandas, expectativas, fantasías, que se reflejan en las necesidades, demandas, expectativas y fantasías del otro, de los otros. Por lo tanto, las relaciones implican conflicto y al desarrollarse padecen crisis evolutivas:

El psicoanálisis intenta comprender los fenómenos mentales y emocionales, a través de ubicarlos en un hipotético aparato psíquico, que deriva del organismo que lo sustenta, la energía necesaria para su funcionamiento. Se considera que tal aparato está constituido fundamentalmente por tres sistemas llamados: ello, yo y superyo. Del ello surge la energía que nos hace amar, crear, vivir, odiar, agradecer y morir. A esta energía se le denomina como impulsos instintivos. En el superyo se acumulan las normas éticas, valores e ideales que adquiere el ser humano a lo largo del proceso de desarrollo, a través del cual se convierte en parte de la familia, la sociedad y la cultura en las cuales transcurre su vida.

El yo es el mediador entre los requerimientos del ello, el superyo y la realidad externa y es el ejecutor de cualquier actividad. Abarca motilidad, memoria, percepción y pensamiento.

El producto de esta actividad psíquica se expresa por medio de afectos y/o pensamientos, precursores o substitutos de la acción susceptible de terminar con el desequilibrio del aparato psíquico, originado por las demandas y contraexigencias de las instancias mencionadas. Cuando afectos y pensamientos resultan lesivos para la autoestima del individuo o lo ponen en conflicto con personas significativas para él, el yo inicia una serie de maniobras encaminadas a excluir de la conciencia aquello que resulta displacentero (mecanismos de defensa).

Cuando debido a la intensidad de los impulsos instintivos, o a la magnitud de los estímulos provenientes del mundo externo, el yo es incapaz de mantener un adecuado equilibrio entre las demandas en conflicto, aparecen la angustia y otros afectos displacenteros, así como síntomas diversos.

Actualmente, la magnitud de los estímulos provenientes del mundo externo y sus características críticas impiden a los individuos

mantener un equilibrio interno constante y por ende un equilibrio o armonía en sus relaciones interpersonales. De ahí la vivencia de un “antes de la crisis” y un “durante la crisis”. Una vivencia de incremento en la intensidad de las crisis personales, familiares, grupales e institucionales, nos comienza a rebasar. Es cuestión de grados. Antes también había conflicto y crisis interpersonal, ahora hay una conciencia sensibilizada a estos fenómenos, aunada a un incremento en la ansiedad que éstos provocan. Hay factores (eventos) externos que no sólo intensifican las crisis internas, sino que las destapan, las develan, descubren lo que estaba oculto o enquistado, hacen emerger lo reprimido, remueven estructuras y por lo tanto asustan y preocupan. O por el contrario, sirven como coartada al conflicto interno: ante la crisis “de afuera” adentro hay solidaridad, “todo lo que me-nos ocurre es por tantos problemas” (los sismos del pasado septiembre son el mejor ejemplo para ambos casos). A mayor conflicto o intensidad en las crisis externas: sociales, políticas, económicas, educativas, ambientales, más intensidad en el desequilibrio intrapsíquico y por ende, en la interacción humana.

El tiempo mexicano (y universal) que vivimos actualmente es de incertidumbre: debilitamiento del PRI-Gobierno, presión del PAN y de la iniciativa privada así como de la izquierda, deuda externa estratosférica, el sometimiento al FMI, la dependencia en muchas áreas de Estados Unidos, la corrupción, la ineficacia, la desorganización, inflación galopante, desempleo, carencia de alimentos y servicios básicos, contaminación exagerada, violencia urbana, etcétera, etcétera.

Pero emerge la consigna: **CRISIS PALABRA PROHIBIDA**; la imagen: la de la estabilidad. **ESTAMOS DE PIE**.

Porque la crisis como momento crucial de la evolución y desarrollo de individuos que conforman una nación, espanta. Se sabe que conlleva rabia, ira, elementos que mueven a la reflexión y luego a la acción, a la búsqueda de cambios. La crisis impide el conformismo, involucra a todas las clases sociales.

Nuestro gobierno desea (intenta) tapar la crisis como los padres que no toleran las crisis de sus hijos adolescentes, porque no quieren verlos crecer independientes. Parafraseando a Escardó diré que cuando los hijos llegan a la adolescencia la familia es sometida a examen. La adolescencia es la crisis de identidad más representativa en el desarrollo del individuo. De ahí la inquietud de utilizar el concepto de adolescencia como analogía y como dispositivo analizador (en el sentido de Lourau, como “aquello que provoca la manifestación de lo

impensado”) para teorizar sobre la crisis actual.

De ahí el título de la ponencia: en el primer sentido —como analogía— tiempos adolescentes son tiempos que sufren, que adolecen, que carecen, que deben confrontar y asumir un pasado para construir un futuro con posibilidades de reparación y no de repetición. El proceso adolescente refleja de manera acertada la crisis en que nos vemos actualmente involucrados. En el segundo sentido —adolescencia como dispositivo analizador— vemos que las crisis sociales encuentran frecuentemente expresión en la crisis de identidad adolescente porque los jóvenes son a la vez, radares y elementos de cambio.

No es extraño que a través de un mecanismo paranoide de proyección, los adultos depositen en los adolescentes las ansiedades que les representa la amenaza de un mundo de cambios acelerados: “No veo esperanzas para el futuro de la humanidad si ésta depende de los jóvenes frívolos de hoy —escribió Hesiodo en el siglo VIII A. C.— Todos son irreflexivos más allá de toda descripción. Y continúa: cuando yo era un muchacho nos enseñaban a ser discretos y respetuosos con nuestros mayores, pero la juventud actual es en exceso avispada e impaciente ante todas las restricciones”.

La crisis en el desarrollo adolescente se significa por la ruptura de un equilibrio alcanzado por el niño en su medio ambiente familiar y social. La adolescencia —explica Anna Freud— es por naturaleza una interrupción del crecimiento imperturbado (el mantenimiento de un equilibrio estable durante este proceso es en sí mismo anormal). En esta etapa se presenta la disyuntiva entre progresión y regresión con mayor intensidad, en función de que constituye un tránsito entre la niñez y la vida adulta. Implica una revolución biológica en la que las glándulas hacen explosión bruscamente. Revolución psicológica en la que los objetos originales de amor deben ser relegados a la búsqueda y adquisición de otros nuevos. En conjunto se habla de un fenómeno bio-psico-social. Respecto a lo biológico es independiente del lugar y del tiempo. En cambio, los aspectos psicológicos y sociales presentan notables diferencias en ambos sentidos. En palabras de Erikson sería: “cada cultura forma al adulto según sus propias necesidades y expectativas, moldeando sus tendencias biológicas, que son universales, según la demanda de su ecología, economía y tradición”.

Para Peter Blos, la adolescencia es el periodo de “reediación de la infancia” porque la necesidad urgente de enfrentarse a la nueva condición de la pubertad evoca todos los modos de excitación, tensión.

gratificación y defensa que jugaron un papel importante en la infancia.

El adolescente se comporta por un largo periodo de manera incoherente e imprevisible. Es normal —escribe Anna Freud— que se oponga a sus impulsos y que los acepte; que logre evitarlos y que se sienta desbordado por ellos; que ame a sus padres y que los odie; que se rebele contra ellos y que dependa de ellos; que medre con la imitación y la identificación con otros mientras busca sin cesar su propia identidad; que sea idealista, generoso, solidario pero que también sea egocéntrico y egoísta.

Por esto, en el periodo adolescente las relaciones interpersonales son más críticas que en otros periodos. De ahí, que si nos ubicamos en un momento adolescente, en donde nos debatimos entre progresión y regresión, en donde el duelo y la nostalgia por una infancia de abundancia aún no han sido elaborados, quizá entendamos mejor porque estamos inundados de sensaciones de rabia, fragilidad, impotencia e indignación.

En el otro sentido las cifras son necesarias: la UNESCO pronosticaba el aumento de jóvenes entre 15 y 24 años en el mundo, de 519 millones en 1969 a imil ciento veintiocho (1,128) millones para el año 2,000! Realidad nunca antes presente, en el mundo que plantea la inminente transformación de las relaciones de poder y el acceso masivo de los jóvenes a la participación en el desarrollo económico, político y social. De aquí parte la conceptualización de P. Aries: “vivimos el siglo de la adolescencia”.

Estos hechos pueden inclusive extrapolarse al concierto de las naciones, en donde los países adolescentes, los del Tercer Mundo, son una mayoría abrumadora que exige de las pocas naciones adultas —detentadoras tradicionales del poder— transformaciones equitativas y derecho a la toma de decisiones que afecten el devenir mundial (Alejandro Y. Krongold).

En México, el censo de 1980 nos informó que en el país había en esas fechas un total de jóvenes que oscilaban entre 10 y 24 años de edad de: 22 905 417. Sólo en el Distrito Federal había 3 048 395.

México	Total	Hombres	Mujeres
10 a 14 años	9 094 351	4 574 675	4 519 676
15 a 19 años	7 656 539	3 766 688	3 889 851
20 a 24 años	6 154 527	2 972 174	3 182 353
10 a 24 años	22 905 417.		

El índice de población adolescente en nuestro país es altísimo. Por causas económicas, educativas, sociales y morales, esto es, por las distintas culturas que se confunden en México, no es posible hablar fácilmente de una juventud nacional como un todo. Sin embargo, es posible hablar de una crisis nacional adolescente tanto en lo que respecta a cifras de población como a lo que respecta a la fase evolutiva del país y decir que México pasa por una crisis adolescente, y por ende vive una de las crisis normativas más difíciles de aceptar y de manejar.

Ante todo, debemos respetar la crisis, asumiéndola, no negándola ni huyendo de ella con apariencias de prosperidad, ni con drogas disfrazadas de pelotas de fútbol.

Podremos salir de la crisis con una nueva identidad fortalecida como el adolescente que deviene en adulto libre e independiente o hundirnos con ella, como el adolescente que permanece inmaduro y ambivalente. Asimismo, nuestros adolescentes podrán crecer y progresar o quedarse inmersos en el conflicto, el rencor y el odio, sin posibilidades de reparar su historia y la de nuestro país.

Destino en y de la muerte, el sueño, la rebelión y el amor, le dice la Malinche a su hijo, el primer mexicano: muerte, sueño, rebelión y amor, no en cualquier orden, sino precisamente en ése, que indica los grados crecientes de la dificultad, de la carga y de la realización plena. Lo más fácil entre nosotros, será morir; un poco menos fácil, soñar; difícil, rebelarse; difícilísimo, amar.

Carlos Fuentes

(Todos los Gatos son Pardos)